

# Una fría noche en la ciudad de París

Paola Alejandra Criollo Delgado

Juliana Isabel Muñoz Benavides

Eliecer Javier Montes Osorio

Nibia Dayana Mera Ortiz

Estudiantes del programa de Terapia Ocupacional

Universidad Mariana

Todas las noches llegaba a mi casa a descansar después de una larga jornada de trabajo en el hospital, cuidaba de los pacientes, les daba sus medicinas y les ayudaba en su recuperación. Tantos años de trabajo me habían permitido ahorrar dinero para cumplir unos de mis sueños, viajar a una ciudad mágica en épocas decembrinas, y fue así que una noche de tantas noches que había pasado pensando en ese lugar mágico al que debía ir, escogí la ciudad de París.

En muchas películas se muestra a esta ciudad como una ciudad romántica, con majestuosos árboles navideños, lujosas calles, con elegantes guirnaldas y luces que adornan y embellecen el lugar; la música y el vino de aquellos restaurantes, que la publicidad hace ver de gran refinamiento. Me preocupa el idioma, pero tengo entendido que es algo similar al mío —solo con un acento más romántico—, pero eso creo que no es un impedimento para vacacionar en la hermosa París.

A la semana siguiente realice todo el papeleo que me exigen para viajar, todo salió bien, tal como lo esperaba. Me consideré alguien muy suertuda y hábil para conseguir lo que me propongo. Llegó el gran día, tenía todo organizado y listo para viajar, fue un vuelo largo pero agradable, porque sabía que al llegar me encontraría con una ciudad mágica y así fue.

¡Qué elegante Torre Eiffel!, desde donde estaba logre verla, desde lejos, por sus luces que resplandecen en la noche. Al llegar al hotel, este no era el más elegante y sofisticado, pero para mí era el adecuado. El hotel tenía muchas habitaciones a pesar de que el edificio no era muy alto. El recepcionista me entregó las llaves, fue muy amable, aunque no le entendía muy bien lo que me decía, pero me encantaba que me llamaran “Madame”. Entré a mi habitación para descansar y prepararme para que al día siguiente París me deleitara con sus hermosos lugares.

Más tarde, unos golpes en la pared me despertaron, mire mi reloj, eran las diez de la noche, me levante, di algunas vueltas por el dormitorio, luego en el baño, pero parecía que todo estaba normal, los golpes cesaron y trate de

conciliar nuevamente el sueño. Me levante otra vez, me coloque el abrigo para dirigirme a la recepción, al llegar al lugar me encontré con una mujer de avanzada edad y con cara de haber tenido un mal día. Le pregunté por el señor que me había atendido tan amablemente cuando llegué, pero ella me contestó que ya había cambiado de turno y que le correspondía la noche. Le informe que en el tercer piso había escuchado golpes muy fuertes en la pared y muy cercanos a la habitación en donde estaba. Ella simplemente frunció su frente y me solicitó dirigirme a dormir. Me enoje por recibir tan mal servicio en el hotel, pero aquella señora tomó una revista de su escritorio, se colocó a leerla sin prestarme la mayor atención. Me fui disgustada a mi habitación, por un gran momento parecía haber terminado los golpes en la pared. Dejé que esta noche fea terminara. Mañana sería un gran día en la gran París. No podía conciliar el sueño, era cerca de la una de la madrugada y yo sin poder cerrar los ojos.

Al cabo de un tiempo, volví a escuchar el sonido en la pared, era tan molesto que decidí levantarme, me dirigí a la habitación de al lado, de dónde provenía el sonido, toqué la puerta varias veces, pero nadie me atendía. Moví la manija y la puerta abrió, la habitación estaba con luz baja y en una esquina del cuarto estaba un joven que con su cabeza golpeaba la pared. Inmediatamente lo detuve y lo lleve al sillón, le dije un par de palabras dulces para calmarlo, creo que no entendía lo que le decía, pero yo continuaba intentándolo. Busque algunas toallas y agua para limpiar sus heridas, en ese instante pasó algo raro, en palabras entrecortadas me decía que ninguna persona puede salir del hotel. Yo estaba muy confundida, pero entendí su mensaje.

Apresuradamente salí de la habitación en busca de ayuda, bajé las gradas hasta llegar al primer piso para comunicar lo que estaba sucediendo. Al llegar a la recepción no estaba ni el señor que amablemente me recibió ni la señora que parecía algo amargada, realmente no se encontraba nadie más. Levante la bocina del teléfono, pero no tenía señal, me dirigí a la puerta y estaba asegurada con candado, muy sellada, verdaderamente estaba muy asustada.

Las ventanas de las que no me había percatado tenían barrotes muy tupidos. Estaba totalmente sola, trate de buscar una salida y en ese momento, la persona a la que había encontrado haciéndose daño estaba allí, ingresando a la recepción, sangrando y con una mirada vacía que provocaba mucho miedo. Tome un jarrón dispuesto en la mesa y golpee su cabeza, rápidamente cayó y miré como se desangraba, en ese instante supe que lo había matado. Subí las gradas y me dirigí a mi habitación, solo pensaba en conciliar el sueño, pero antes decidí guardar el cadáver, con la esperanza de que en la mañana siguiente regresase el hombre amable de la recepción. Así que bajé mi maleta totalmente vacía, lo corté y lo acomodé para que alcanzara, dejé la maleta cerca a la mesa de la recepción. A primera hora de la mañana ya estaba lista y escuché como abrían la puerta de la entrada del hotel, era el buen señor y se disculpó conmigo por haberme dejado con aquella señora que se fue y dejó cerrando el hotel sin decir nada, con esa excusa me enfadé con el señor y le informé que ya estaba lista y dispuesta a irme, mis maletas ya estaban organizadas. Estaba muy impactada y con pánico, nuevamente volví a escuchar los golpes que atormentaron mi noche, así que rápidamente abrí mi maleta, pero aquellos golpes solo estaban en mi imaginación, porque la persona que los producía estaba dentro de mi maleta.